

## Erotismos

# ¿Un extraño en el paraíso?

ANDRÉS DE LUNA

La conducta humana es un laberinto que se colma de muros infranqueables, caminos que se convierten en callejones sin salida y precipicios que deben esquivarse para sobrevivir. En esos desplazamientos es posible perderse y arribar a las costas del delirio y el alejamiento. J. D. Salinger (1919) es una leyenda estadounidense, un destacado prosista del siglo XX y uno de los escritores de mayor popularidad entre los jóvenes de los años cincuenta.

Él gustaba de escribir cartas a adolescentes, provocaba emociones de toda índole, incluidas las que tenían sus ecos en la lubricidad. Una de las muchachas que cayó en esas redes fue Joyce Maynard (1953), una estudiante de Yale que sostuvo una correspondencia fluida con un hombre desconocido que pasó de ser una figura difusa a un personaje capaz de encarnar los ideales de una púber inteligente. Joyce estaba en las antípodas de la belleza. Su cuerpo esmirriado padecía lo estragos de la anorexia.

Exenta de pechos y sin acumulación de grasa en la zona del trasero, Maynard era una imagen extraña con ojeras negras, cabellos lacios y sin el menor asomo de la coquetería tradicional de las adolescentes neoyorkinas —era originaria de un pueblo de New Hampshire. La experiencia sexual de Joyce se reducía a unos cuantos besos y escarceos que resultaban por demás ingenuos. Aun así, Maynard, que había publicado su primer artículo a los quince años e ingresó a las páginas del *New York Times* a los dieciocho, se enamoró de Salinger, que en ese momento era un respetable señor de cincuenta y tres años, divorciado y con dos hijos.

Al principio, la historia semejava un cuento de hadas. La princesita sólo contaba con un atributo, aunque nada desdeñable: el de poseer una inteligencia precoz. El escritor de *El guardián del centeno* (1951) estaba instalado en su laberinto y podía exclamar, como en su texto “Boca bonita y verdes mis ojos”, de sus famosos

*Nueve cuentos*: “Nosotros somos monstruos, eso es todo”. En los relatos de brujas la niña extraviada llega hasta una casa, en este caso una granja, en la cual descubre los males del entorno y del mundo. Joyce Maynard entró a la vida de Salinger sin avistar un entramado, una encrucijada que era imposible recorrer sin el riesgo de perder el alma. Ella comenta en su libro *Mi verdad* —que en realidad se llama *El hogar en el mundo* (Circe, Barcelona, 2000)—: “La sexualidad sigue siendo una materia muy espinoosa en lo que a mí respecta. Este hombre, sin embargo, me infunde seguridad. Sé que me quiere. No me cabe en la cabeza que pueda hacerme ningún daño”.

Alejado del mundanal ruido, Salinger habitaba su granja en Cornish, New Hampshire. Su afición entonces era la homeopatía, estaba obsesionado con esa forma de medicina y leía publicaciones relativas al tema; veía películas viejas con un proyector de dieciséis milímetros; cultivaba su huerto y se complacía con una dieta de helecchos al vapor, rodajas de manzana, palomitas de maíz con salsa de tamarindo sin azúcar, calabazas congeladas y hamburguesas de carne de cordero, picadas y apenas cocidas. Las hortalizas debían comerse crudas o pasadas por una vaporera. Joyce le habla a su madre de esa alimentación tan poco sugerente: “Le informo acerca de los ejotes congelados y del pan sin levadura. —Me suena horrible —dice ella”. En efecto, con esa propuesta de comida “sana” lo único que está a la vista es la náusea. Esto, por más que Philip Lopate, en su



my divertido ensayo *Contra la alegría de vivir* (Tumbona Ediciones, México, 2008), escriba, en medio de sus amargadas reflexiones, este tipo de cosas: “Me salvo de ese paganismo culinario por el hecho de que la comida me es en gran parte un asunto indiferente. Raras veces pienso demasiado en lo que me estoy metiendo a la boca... Tengo la superstición de que el día que regrese un platillo en un restaurante, o haga un viaje complicado sólo por una comida, habré sacrificado mi libertad y canjeado mi alma por un dios menor”. De seguro que Lopate cambiaría de opinión si tuviera que compartir la mesa con ese viejo loco y desgraciado de Salinger.

Joyce Maynard era una muchacha educada dentro de los rigores de la literatura inglesa y del arte del Renacimiento, sin olvidar su gusto por Bob Dylan y Joan Baez o la emoción que sintió el día que se encontró a John Lennon con sus perros en Central Park. Los primeros días con Salinger se conformó con estar cerca del hombre de cara larga al que confundían con el actor Jason Robards. Casi de inmediato cambia su actitud y se entrega a su amado:

Me quedo junto a los pies de la cama, llevo otro de mis vestidos cortos de niña pequeña. Me lo quita sacándomelo por la cabeza. No llevo sujetador porque estoy muy delgada. Sólo unas bragas de algodón. Me las saca. No hablamos de precauciones de control de la natalidad y a mí no se me ocurre preguntar... Sé muy poco sobre sexualidad y lo poco que sé es triste y misterioso... Dice que me quiere. Le digo lo mismo. Me siento como imagino que debe sentirse una persona cuando tiene una experiencia de tipo religioso. Estoy salvada. Estoy redimida, liberada, iluminada, tocada por una mano divina. Nunca había visto a un hombre desnudo. Ahora, al verlo, siento el impulso de acurrucarme en su regazo. Quiero que me rodee con sus brazos. Quiero que me apriete contra él. Jerry Salinger hace todas esas cosas. Después me quedo tendida, plana, en la cama, su cuerpo se levanta sobre el mío, pugna por separarme las piernas. Cuando intentamos el coito, se me cierran los músculos de la vagina como las valvas de una ostra y no ceden. Pasados unos minutos tenemos que dejarlo. Estoy llorando, menos por el dolor que siento en los genitales que por otro que me atenaza la cabeza, que parece pronta a estallar.

El aspirante a homeópata Salinger establece la dolencia como una vaginitis. La tortura del autor de *Nueve cuen-*

*tos* es la imposibilidad de penetrar a Joyce, quien seguirá tan virgen como llegó a la granja en 1972. Del cuento de hadas se pasa al del ogro. Salinger vive a contracorriente de todo: adora las diversiones televisivas y las cintas que proyecta una y otra vez; se siente complacido por la existencia de su hijo Matt, con el que se permite comer pizza para luego llegar a su casa y provocarse el vómito. Detesta a los que escriben en revistas, a los que hacen entrevistas y a los que buscan la fama. Habita en la amargura de quien fue y se arrepiente de haber sido. Somete a su “novia” a los destierros de la alegría, impone un régimen que tiene que ver con su edad. Critica lo que escribe Joyce y la maltrata todo el tiempo. Incluso la lleva con una homeópata de Daytona, Florida, para que le cure

la vaginitis. La mujer es incapaz de hacerlo y todo queda claro para el escritor: la joven es una molestia que debe irse de su vida, así que la envía de regreso a su casa de forma humillante, con esa crueldad que tiene mucho de monstruoso y falto de sensibilidad. Salinger revela su rostro y se le observa empequeñecido en su calidad de persona. Poco a poco revela su cara oculta, la que se mueve en medio de jóvenes a las que sorprende con su talento. Les escribe misivas cargadas de promesas, luego las usa para su beneficio personal y al final las arroja al basurero. Misógino irredento, Salinger encarna uno de esos seres descen-trados que pasean en su laberinto.

Años después de esos acontecimientos, Margaret Salinger, la hija del escritor, hizo un libro autobiográfico, *El guardián de los sueños* (2000), en el que describe las actitudes tiránicas de su padre ante su primera esposa, a la que convirtió en una suerte de prisionera. También revela que entre los tratamientos que usaba el escritor y homeópata estaba el de beber su orina. En la parte dedicada al erotismo del autor anota Margaret que “[...] rara vez tenía relaciones sexuales”. El goce de este ser oscuro radicaba en poseer a sus víctimas por medio de reglas estrictas, de guerras psicológicas; en ocasiones, como le ocurría a Joyce Maynard, exigía satisfacciones por medio del sexo oral. El cristal de aumento sobre un personaje produce una sensación de vacío, un éxtasis de la nada. ~

